

Ficciones

La muerte en vida I

La muerte nos acerca a la vida
La vida nos acerca a la muerte
Muerte y vida, como la noche y el día
Encuentro del alba y el ocaso
Entre el claro y el oscuro
al derecho es al revés.
De lo dinámico a lo inerte, lo estático
Del desear a trincar
Entre lo sempiterno y lo finito
Envueltos en verdades y mentiras
Si la verdad es la muerte, ¿qué será la vida?
Acaso juego de incertidumbres en lo que es
estable el devenir
Aquello que va de la impermanencia a lo
permanente
Recorrido del agua en río que corre y la mar
que la espera sin prisa
Donde el que muere no sufre su muerte, mien-
tras los vivos sí.

Soraya Julián Martínez

Maestría en Metodología de la Investiga-
ción Científica, Maestría en Ciencias de la
Educación, Especialidad en Educación en
Entorno Virtual, Especialidad en Orientación
Educativa Psicopedagógica. Licenciada en
Teatro, mención Dirección Teatral; Licencia-
da en Psicología, Diplomado en Estudios
Superiores en Ciencias Pedagógicas con
mención en Enseñanza de las Ciencias.
Experta en De Bono Thinking. Conferencis-
ta College Board de Puerto Rico y América
Latina. Tiene cursos de inglés, portugués e
italiano.

Actualmente trabaja como psicóloga en la
Dirección de Bienestar Universitario y como
docente de las asignaturas Orientación Uni-
versitaria y Metodología de la Investigación
Científica, en la Unapec. Escribe cuentos,
obras de teatro y poesía, entre otros.

La muerte en vida II

A la muerte no le importa la vida, ella se sabe muerte

A la vida le duele morir, sabe que terminará muerta

La muerte es libre, llega cuando quiere

La vida es presa fácil de la muerte

Jugar a vivir no es lo mismo que jugar a morir

La muerte es imprudente, indomable e implacable

La vida es frágil, flexible, se parece a ti y a mí.

La muerte no se parece a nadie, por eso está detrás de todos.

En espera, porque sabe que tarde o temprano seremos presa de su libertad.

Que viva la muerte porque sin ella, la vida no tendría sentido.

Mis libros muertos

Mis libros están muertos.

¿Acaso los he dejado envejecer?

Lucen llenos de polvo de olvido

Varados frente y en torno a mí

Pareciera que están inertes, indiferentes, pero no...

Están como guardias atentos a la espera de ser tocados y acariciados

Para abrirse a compartir sus mundos

Ellos esperan con paciencia eterna

Algunos en la página 23, otro en la 38, tal vez en la 145...

Me acerco, los recupero cuando mis ojos quedan de repente distraídos, varados entre ellos y comienzo a captar y registrar símbolos, códigos, nombres, escenas, episodios de obras de teatro, cuentos, novelas... las yemas de mis dedos palpitan cuando acaricio sus adentros

Un importuno sonido adictivo irrumpe el hechizo, desvía mi atención. ¡Ah! Otra vez suena el celular.

Terminemos el cuento

I

Sin esperar que terminara la lectura del dictamen, la mujer se paró y dijo quedamente: "Qué importa, ya estaba muerta". Fueron sus últimas palabras al escuchar la sentencia leída por la secretaria del juez. Se sentó nuevamente al llamado de atención del juez. Empezó a recorrer con tristeza cada recodo de la sala de audiencia, pero su cuerpo se fue volando como el viento...

II

Abrió la puerta, entró rápidamente haciendo un leve saludo con la mano izquierda y sin esperar que le dieran permiso, se acercó a la tercera persona que estaba a la derecha del gerente. Era Marola, su compañera de oficina desde hacía veinte años. Pero todos ignoraban que eran también buenas amigas. Agachó levemente su torso, acercó su boca al oído y le dijo: "Me quedé sin gas". Todos fijaron su mirada tras escuchar las carcajadas silenciosas de ambas...

III

Eran doce ataúdes que transitaban esa mañana temprano por la avenida. Estaban colocados en un camión, uno encima del otro. Eran de dos tonalidades. Parecían como aquellos zapatos que usan los bailadores de son: blanco y marrón, negro y blanco. Nosotros éramos seis pasajeros que nos habíamos montado indistintamente en un carro de concho semi destartado. Estábamos a la espera de que el semáforo diera la señal para darnos paso. Aunque el semáforo tenía

energía eléctrica y cambiaba de rojo a amarillo y de amarillo a verde, nadie se movía, ni los carros ni los que transitaban a pie. Un AMET, por fin se daba el lujo de ver realizado su sueño: sentirse jefe y controlarnos a todos. Los comentarios no se hicieron esperar:

–Mira eso, y qué se cree ese amé, sabrá Dios quién es que viene.

–El único que viene señora, es el señor Jesucristo.

–Ahora quien nos tiene esperando es uno deso político que nosotros pendejamente votamos por ellos.

–Ay cállense, por favor, es muy temprano para discutir de política...

–Buueeno... a mí lo que me preocupa son esos ataúdes que están ahí. ¿Cuál será el mío, eh?

–Oye eso, mira lo que está pensando. Muchacha, quizá lo que te toque sea una de balao o de arenque..., quizá.

–¡Y por qué uté me dice eso, eh! ¿Acaso me conoce? Mi familia tiene dinero para comprarme no uno, sino todos, ¿ok?

–¡Muchacha! Ten cuidao con lo que dice...

Todos quedaron perplejos al ver al señor que manejaba los ataúdes arrancar decidido en el momento en que llegaba a la intersección el vehículo por el cual habían estado detenidos.

IV

Habían pasado varios siglos y esta familia permanecía presente en cada uno de ellos. Su apellido figuraba desde los tiempos en que se inició la organización del mundo, la división de los territorios y del trabajo, la revolución industrial. Fueron parte de los primeros monarcas que asumieron el poder.

Sinclair se preguntaba una y otra vez. Leía y examinaba atentamente la historia de esa familia y se preguntaba por qué los Icedem eran la única familia que había perdurado tanto tiempo. Los Icedem eran la más antigua y rica familia del mundo.

Era la tercera vez que leía el libro acerca de ellos y siempre encontraba algo nuevo que le llamaba la atención. Esa mañana no sería la excepción. Se detuvo cuando leyó que actualmente solo quedaban dos descendientes directos, que venían para República Dominicana y que no habían podido procrear... "Vaya perla", dijo.

